



EXPLICACION

<p>POSICIONES 1ª 2ª</p> <p>Fuerzas mexicanas infantería.....</p> <p>caballería.....</p> <p>tiradores.....</p> <p>direccion de marchas.....</p>	<p>POSICIONES 1ª 2ª</p> <p>Fuerzas francesas infantería.....</p> <p>caballería.....</p> <p>artillería.....</p> <p>tiradores.....</p> <p>direccion de marchas.....</p>
<p>POSICIONES SIMULTANEAS</p> <p>fuerzas mexicanas..... a b</p> <p>francesas..... a' b'</p>	

Batalla de Miahuatlán.

XVII.

MIAHUATLÁN.

URAS la derrota del escuadrón húngaro, el General Díaz se dirigió á Miahuatlán, pueblo protegido por una serie de colinas, al pie de la sierra de Cuixtla, y cuyas condiciones estratégicas le parecieron adaptables á sus proyectos de campaña.

«Vuelto á mi campamento de Tecomatlán, emprendí otra vez la marcha por el rumbo de la Andallas, mandando á mi hermano por la vía más corta á colocarse al Norte de la Ciudad de Oaxaca, apoyándose en la sierra de San Felipe del Agua, con orden de amagar de cerca la plaza, si el enemigo la debilitaba al lanzar alguna tropa en mi seguimiento, y ofreciéndole que yo haría cosa semejante, por el Sur, en los casos en que él fuera perseguido.

«En cumplimiento de esta combinación, verifiqué mi marcha hasta Zimatlán. En ese pueblo supe que una fuerte Columna, mandada por el General Oronoz, salía á encontrarme.

«Evadiendo el choque, me dirigí á Ejutla, y allí permanecí hasta que Oronoz se movió de Zimatlán; entonces ocupé á Miahuatlán. Permaneció el enemigo en el citado Ejutla, y yo en las posiciones que había escogido.

«El 3 de Octubre de 1866, mis vigías vinieron á avisarme que el enemigo se movía sobre mí; cuando me lo decían, casi estaba á la vista.

«Había yo mandado limpiar las armas para pasar revista de Comisario, y con este motivo aún quedaban muchos fusiles desarmados. Mandé que violentamente se arreglaran, que la tropa se pusie-

ra en formación y que se dispusieran los bagajes. Luego ordené al Coronel Manuel González que emprendiera su marcha, con toda la infantería, por el camino de Cuixtla, porque es montañoso desde la salida de Miahuatlán.

«Con mi numeroso Estado Mayor y mi escolta como de 38 hombres de caballería, marché hacia el enemigo, dejando ordenado, que luego que estuviera lista la caballería, siguiera mi movimiento y se me incorporara al mando de su Gral. D. Vicente Ramos.

«Constaria de unos 280 caballos.

«Seguí mi marcha hasta una colina que atraviesa por la mitad la carretera para Oaxaca, y que distará como un kilómetro de la plaza de Miahuatlán.*

«Mi escolta y ayudantes, fueron colocados en línea de tiradores sobre la cumbre, y como el enemigo no podía ver lo que había detrás de ella, juzgó probablemente que iba á tener efecto el encuentro, y se puso en disposición de combate, habiendo montado al efecto sus obuses de montaña que venían á lomo de mula.

«En esos momentos aparecía la Columna de caballería, saliendo por una de las calles principales del pueblo á incorporármese, y en virtud de las ondas del terreno, el enemigo la perdía de vista á proporción que se acercaba á la colina que yo ocupaba. Luego comenzó á ver salir por el camino de Cuixtla, la infantería del Coronel González. Entonces debió cambiar de idea, y al ver que el grueso de mi fuerza se alejaba, mientras mi caballería seguía á su frente, creyó que se trataba de una retirada.

«En consecuencia, reunió á su caballería, que había colocado á los costados de la infantería, y como comprendí que iba á darme una carga, ordené al Gral. Ramos que, por la misma calle por donde había venido, volviera á la plaza y saliera á juntarse con el Coronel González, que debía esperar en la loma por donde iba desfilando. Toqué *alto* y *frente* á este Coronel, y destaqué un ayudante, con orden de traerme cincuenta hombres de infantería de los que no estaban á la vista del enemigo, y que los condujera por dentro de la barranca que allí existe, á fin de que pudieran llegar cerca del camposanto del pueblo, sin que el enemigo los viera.

«En el movimiento de retroceso del Gral. Ramos, le incorporé mi escolta y mi Estado Mayor, y luego me adelanté á esa fuerza en contramarcha, y me quedé solo con un clarín en una de las bocacalles

* Dicha colina es conocida con el nombre de «Loma de las Zavaletas.»

del pueblo, por donde tenía que pasar mi caballería, y en seguida la del enemigo.

«La caballería enemiga cargó resueltamente sobre la mía en su retirada, y cuando llegaba adonde yo estaba y cuando comenzaba ya á hacer uso del arma blanca contra los soldados de retaguardia, apareció, en momentos oportunos, una partida de paisanos de Miahuatlán, armados y organizados por su cuenta, colocándose dentro de un sembrado y á la izquierda del enemigo, al que, prevalidos del terreno, le hicieron fuego por un flanco, casi á quema ropa.

«Yo había colocado los 50 hombres que pedí al Coronel González, y que eran tiradores de la montaña, emboscados dentro de la milpa y muy cerca de la calle donde me encontraba. En consecuencia, al aparecer la caballería enemiga y comenzar á recibir los fuegos de los paisanos, le hizo un fuego nutrido la infantería que yo había emboscado, y así pudo salir nuestra caballería y atravesar la población para reunirse al Coronel González.

«La caballería enemiga, retrocediendo, volvió á incorporarse con la caballería que formaba en batalla cerca del camposanto. . . .

«Los paisanos de Miahuatlán (que eran muy atrevidos y estaban ebrios) fueron rechazados al centro de la población, con pérdidas. Los tiradores montañeses habían quedado ocultos dentro del maizal, y buscando yo paso á la barranca,* me incorporé al Coronel González.

«Una vez incorporado con el Gral. González, para desarrollar mi plan proyectado, mandé que mi caballería tomara distancia á retaguardia, como para cubrirse de los fuegos; y como nos hallábamos en la cima de una loma, á poco andar de la caballería, quedaba ésta fuera de la vista del enemigo.

«Esa loma da una vuelta, en forma de semicírculo, por el lado que era izquierda nuestra y derecha del enemigo; y atrás de ella, en la depresión, hay un pequeño arroyo. Tomado ello en cuenta, di orden al Gral. Ramos para que hiciera un movimiento envolvente, de unos seiscientos metros, por todo el cauce del arroyo, para no levantar polvo, lo cual era bastante para llegar ocultamente, casi á la espalda de la fuerza imperialista. Su línea de tiradores, la de esa fuerza, nos nutrió sus disparos, que nuestra línea no podía contestar, porque apenas tenían siete cartuchos por plaza la mayor parte de nuestros soldados, y bien pronto los quemaron. Así es que, cuando noté que los fuegos se apagaban y comprendí la causa, reforcé la cadena

* Barranca de Luchindo.

con algunos hombres que no habían disparado, y que fueron á intercalarse en ella, para de este modo continuar el tiroteo.

«Había prevenido al Gral. Ramos, cargara á fondo en el momento que se tocara *tres puntos agudos* después de *atención*; y el capitán Rojas, que mandaba á los tiradores ocultos en el maizal, tenía instrucciones para, en el momento oportuno, romper un vivísimo fuego al costado del enemigo, aproximándose hasta la orilla del plantío de maíz, y sin salir de él, para que no se notara lo reducido de su fuerza. Como no teníamos municiones con que quebrantar previamente al contrario, apenas calculé que Ramos, al trote, hubiera llegado al lugar correspondiente, precipité mi combinación, mandando que toda la infantería descendiera inmediatamente á la barranca, la pasara y se echara encima del enemigo en la falda opuesta: y en los momentos que tal se hacía, di la señal, que serviría, tanto para la caballería, como para los tiradores escondidos del flanco.

«Al notar el enemigo nuestro brusco movimiento de frente y flanco, nos lanzó su caballería, que fué inmediatamente arrollada, y con el impulso se desorganizó su infantería y se volcó uno de sus cañones, á la sazón que la nuestra cargaba al sable, por la espalda, comenzando por apoderarse de todos los caballos de la oficialidad y del cargamento de municiones que habían quedado á retaguardia.

«Sin gran dificultad se aprisionó á la infantería del enemigo, que después de haber tirado sus armas, corría en desorden por las lomas, y con mi caballería hice á la contraria una persecución de más de tres leguas, concluida la cual, regresé entre nueve y diez de la noche. Después me ocupé de que se atendiera á los heridos, y de que se levantaran del campo las armas y otros pertrechos, dejando para el día siguiente la operación de recoger á los muertos.

«El Gral Oronoz, había huído con varios de sus jefes y oficiales, quedando muerto en el campo, el jefe francés M. Enrique Testard, que mandaba un batallón de fuerzas mexicanas, cuya oficialidad era exclusivamente de franceses, así como muchas clases de tropa que se habían enganchado en México.

«Gran parte de los muertos eran oficiales mexicanos y extranjeros, pues que habiendo ellos perdido sus caballos, que habían quedado con los bagajes á retaguardia, por donde mi caballería cargó, no pudieron huir como lo hizo su General en jefe.

«Entre los prisioneros había también oficiales franceses, que fueron remitidos á la sierra para su custodia, á fin de que no entorpecieran las operaciones.

«Á 22 jefes y oficiales mexicanos se les pasó por las armas, según las leyes vigentes. Pesaba sobre ellos el doble anatema de que, siendo de nuestro ejército, habían ido después á servir al enemigo.

«El botín consistió en unos 1,000 fusiles, dos obuses de montaña, y cuarenta y tantas mulas cargadas con municiones de fusil y de cañón.

«El día siguiente, 4 de Octubre, lo pasé en refundir á los prisioneros en los cuadros de batallones que había formado; en establecer un hospital, que pude organizar, debido á la incorporación del Dr. D. Antonio Salinas, que me prestó en su profesión importantes servicios.

«El 5 pasé revista á mis tropas en la nueva organización, y el 6 emprendí mi marcha á Oaxaca, pernoctando en el Vergel; el 7 en Ocotlán, y el 8 en Oaxaca.

«Á poca distancia de Oaxaca, encontré el día 7 un comisionado del Coronel D. Félix Díaz, quien me comunicó que, aprovechando la ausencia de Oronoz, que salió á atacarme, habíase él acercado á la ciudad por el Norte, sorprendiendo una guarnición de 50 hombres de caballería que cubría la plaza de Tlacolula, y que se dirigía sobre Oaxaca con objeto de hostilizar su guarnición.

«En efecto, al día siguiente, el 8, según nuevo parte que recibí, el Coronel Díaz había ocupado parte de la plaza, teniendo al enemigo reducido á los conventos de Santo Domingo, el Carmen y cerro de la Soledad.

«Ese propio día, en la noche, luego que llegué á la capital, perfeccioné el sitio, ocupando la hacienda de Montoya, la Casa Mata y el Monte Pelado, y puse mi Cuartel general en la hacienda de Aguilera. Permanecimos así hasta el día 16, en que había logrado estrechar al enemigo en los conventos que le servían de cuartel, á extremo de quedar con sólo una calle de por medio entre nuestras posiciones y las suyas.» (Memorias).

Refiriéndose al fusilamiento de los 22 oficiales traidores, ha dicho el escritor D. Salvador Quevedo y Zubieta:

«Esas ejecuciones, coincidiendo con el aniversario de la célebre ley de Maximiliano; esa decisión para responder á la ley marcial del Imperio, con la ley marcial de la República, imprimieron un aspecto inexorable á la lucha.

«El fruto material de la victoria, fué el botín, consistente en cerca de 1,000 fusiles, 2 obuses de montaña y cuarenta y tantas mulas cargadas con municiones de infantería y artillería.

«El fruto moral era mayor . . . «*El efecto moral es mayor que el*

triunfo positivo, escribía el caudillo pocos días después de la batalla, en carta al General Alejandro García. Y á los que le rodeaban, decía de viva voz: *La victoria de Miahuatlán me abrirá el camino para México.*»

«Era mucho decir, cuando el andamiaje imperial estaba todavía sostenido por millares de ballonetes francesas, austriacas, belgas y mexicanas.

«Sin embargo, la impresión en la capital del Imperio fué intensa. La *banda de Porfirio* caía de los labios imperialistas y se alzaba á *legión*. Los detalles de las derrotas de Oronoz iban llegando, y de ellos surgían el parentesco espiritual, las relaciones de filiación militar del oaxaqueño con el cura Morelos. . . . Eran sus mismas evoluciones, su misma combinación de precauciones y de audacias. Su maniobra favorita (*maña* tomada por el caudillo al *ARRIERO de hombres*, desde su campaña de Tehuantepec) era la de emboscar una reserva bajo consigna de atacar en momento crítico del combate. La estrategia efectista de la defensa de Cuautla se repetía. . . . Ese hombre sabía agrupar sus masas miserables y distribuirlas de modo de hacer creer alternativamente al enemigo que tenía muy pocos soldados, ó tenía demasiados. El caso era que, escaseando de hombres y municiones, careciendo absolutamente de cañones, los había suplido con fogonazos de sorpresa, arremetidas inesperadas por frente y espalda. Á falta de recursos positivos, los sacaba del suelo. . . . Á semejanza de su homónimo *Porphyron* el griego, el hijo de Petrona se batía con piedras. ¡Lo decían ellas! Las lomas rocallosas de los Nogales, Yolvo y Zavaletas, las paredes graníticas de la Barranca de Luchindo en el campo sangriento de Miahuatlán.»*

Dice muy bien el escritor citado. La victoria de Miahuatlán fué, por su efecto moral sobre el ejército, de trascendentales consecuencias.

El General Oronoz contaba en Miahuatlán con todas las ventajas: tenía dos piezas de artillería y 1,400 hombres bien organizados.

El General Díaz, sólo contaba con 900 hombres mal armados, carecía de parque, y es probable que no hubiese aceptado el desigual combate, á no verse obligado por las circunstancias.

En aquella batalla, sólo podía obtenerse la victoria, por uno de esos golpes violentos, asombrosos, que en el supremo instante conciben y ejecutan los jefes ilustrados, valientes y serenos, los grandes capitanes.

* EL CAUDILLO. Por Salvador Quevedo y Zubieta.—Librería de la Vda. de C. Bouret.—México. 1909.

XVIII.

LA CARBONERA.



El día 16 de Octubre de 1866, el General Díaz interceptó al enemigo un pliego, en el que se daba parte al General Oronoz, de que una Columna de 1,500 hombres, casi todos austriacos y muy bien equipados, iban en auxilio de Oaxaca; y se le recomendaba sostenerse en la plaza á todo trance.

Á la vez, y con rumbo á La Carbonera, por donde venía la Columna imperialista, se acercaba el General Figueroa, que con reducidas y mal municionadas tropas, trataba de incorporarse á las fuerzas sitiadoras.

El General Díaz concibió entonces el proyecto de ir á sorprender á la Columna imperialista, con el objeto de privar á Oronoz de aquel auxilio, y proteger á la vez la llegada de la Columna de Figueroa, que corría riesgo de ser aniquilada.

En la noche del mismo día 16, con el más estricto sigilo, concentró las fuerzas sitiadoras en la hacienda de Aguilera, y protegido por la obscuridad, avanzó por el camino de Etna, pasando hasta San Juan del Estado, adonde llegó á las nueve de la mañana del día 17, en los momentos en que también acababa de llegar con su Columna en salvo el General Figueroa.

Informado el Sr. Gral. Díaz, de que las tropas austriacas tardarían más de 24 horas para llegar á La Carbonera, decidió regresar con sólo su caballería y amagar ostensiblemente la ciudad de Oaxaca, con objeto de hacer creer á Oronoz que continuaba las operaciones de sitio, é impedirle que hiciera una salida al encuentro de la Columna de auxilio.